

LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD MORAL

El Divino Redentor ha consignado su Revelación —de la que forman parte esencial las obligaciones morales— no a cada uno de los hombres aisladamente, sino a su Iglesia, a la que ha dado la misión de conducirlos para que abracen con fidelidad aquel santo depósito.

También a la Iglesia misma, y no a cada uno de los individuos, fue prometida la asistencia del Espíritu Santo, ordenada a preservar la Revelación de errores y deformaciones. Sabia providencia ésta, porque la Iglesia, organismo vivo, puede así segura y fácilmente tanto iluminar y profundizar en las verdades morales como aplicarlas, manteniendo intacta su sustancia, a las variables condiciones de lugares y de tiempos¹.

El Magisterio de la Iglesia en materia moral goza de las mismas funciones y prerrogativas que tiene en la definición y exposición de las verdades de la fe: interpreta auténtica e infaliblemente la Palabra divina revelada y los preceptos de la ley natural. Sin embargo, cuando se trata de ordenar las costumbres, el Magisterio suele intervenir para señalar, más que el contenido de un principio moral, su recta aplicación en unas circunstancias concretas. De esta manera, la doctrina de la Iglesia en materia moral se ha propuesto muchas veces con carác-

(1) Pío XII, *alloc.* 23-III-1952;

ter particular y específico, para resolver un determinado problema moral; pero recurriendo siempre a la verdad de los principios morales, e ilustrando —a través de esa cuestión concreta— cómo han de aplicarse a la vida cristiana. Este es el caso, por ejemplo, de la enseñanza católica sobre la imputabilidad o responsabilidad moral.

LA LIBERTAD PERSONAL, FUNDAMENTO DE LA RESPONSABILIDAD

La doctrina sobre la responsabilidad moral de los actos humanos, y en consecuencia sobre el mérito o la culpa, que comportan respectivamente un premio o un castigo, descansa sobre el principio de la libertad.

*Dios quiere que se le sirva en libertad*². Sin libertad no hay responsabilidad, como sin responsabilidad tampoco debe haber libertad, repite a menudo el Padre. Este principio universal, contenido en la misma ley natural, se refiere no sólo a determinados aspectos de la actividad humana, como el ámbito económico, político, social, etc., sino a toda la conducta moral.

Como el Magisterio de la Iglesia ha declarado repetidas veces, el hombre fue creado libre³ y su libertad persistió aun después de la caída original, si bien debilitada⁴. Continúa siendo libre bajo el influjo de la gracia, incluso de la gracia eficaz⁵, que sana a la naturaleza y perfecciona la inclinación al bien, inclinación dificultada por el pecado. Pero Dios exige siempre al cristiano una decisión deliberada para secundar el impulso de su gracia. *Dios, al crearnos, ha corrido el riesgo y la aventura de nuestra libertad. Ha querido una historia que sea una historia verdadera, hecha de auténticas decisiones, y no una ficción ni un juego. Cada hombre ha de hacer la experiencia de su personal autonomía, con lo que eso supone de azar, de tanteo y, en ocasiones, de incertidumbre*⁶.

La libertad es el bien más noble de la naturaleza, propio única-

(2) Carta *Vos autem*, 16-VII-1933, n. 14;

(3) cfr. Concilio de Quiersy, año 853, cap. 1, D. 316 (621); *Indículo*, cap. 1, D. 130 (239);

(4) cfr. *Indículo*, cap. 1, 4, 9, D. 129-130, 133, 134, 140 (238, 239, 242, 243, 247); Concilio II de Orange, año 529, can. 8, D. 181 (378); Concilio de Quiersy, año 853, cap. 2, D. 317 (622); Concilio de Trento, *decr. De iustificatione*, cap. 1, D. 793 (1521); can. 5, D. 815 (1555); San Pío V, bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1657, nn. 27,

28, 39, 65 y 66, D. 1027, 1028, 1039, 1065 y 1066 (1927, 1928, 1939, 1965 y 1966); Inocencio X, const. *Cum occasione*, 31-V-1653, n. 3, D. 1094 (2003); Clemente XI, const. *Unigenitus Dei Filius*, 8-IX-1713, nn. 38 y 39, D. 1388 y 1389 (2438 y 2439);

(5) cfr. Concilio de Trento, *decr. De iustificatione*, cap. 5 y can. 4-6, D. 797, 814-816 (1525, 1554-1556); Inocencio X, const. *Cum occasione*, 31-V-1653, nn. 3-5, D. 1093 1095 (2002-2004);

(6) Del Padre, *Las riquezas de la fe*;

mente de los seres inteligentes o racionales y, otorga al hombre la dignidad de estar en manos de su propio consejo y de tener la potestad de sus acciones⁷: de ser, en definitiva, plenamente responsable de sus propias decisiones, buenas o malas. Nadie puede decir: es el Señor, quien me ha hecho pecar, pues no hace El lo que detesta. No digas que El te empujó al pecado, pues no necesita de gente mala. El Señor aborrece toda abominación y evita que en ella incurran los que le temen. Dios hizo al hombre libre desde el principio, y le dejó en manos de su albedrío. Si tú quieres, puedes guardar sus mandamientos; en tus manos está cumplir su voluntad⁸.

La importancia de la libertad y de la responsabilidad personales para toda la vida moral, testimoniada sin lugar a dudas por la misma razón humana, es confirmada por la Revelación. Al promulgar el decreto de redención, el Amor infinito de Dios se propuso no sólo abrirnos las puertas del Cielo, sino curar y elevar la libertad humana, dañada por el pecado. Con la libertad con la que Cristo nos ha hecho libres⁹ nos rescató de la triple esclavitud del pecado, de la ley y de la muerte. Dios, escribía San Pablo, nos ha sustraído al poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo muy amado, en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados¹⁰. Después de haberse realizado la Redención, el hombre que —a través del sacramento del bautismo— entra en contacto vital con Cristo, aun experimentando en su vida la persistencia de las reliquias del pecado original, particularmente de la concupiscencia, es más libre para cumplir la ley moral, porque puede conocerla mejor, amarla, y —si es dócil— secundar en su alma el impulso de la gracia —ley del espíritu de vida¹¹—, que despierta y confirma su decisión de cumplir la Voluntad divina.

La Nueva Ley promulgada por Jesucristo es una ley de libertad, porque, a diferencia de lo que sucedía con la Ley Antigua, buena y santa pero imperfecta¹², no sólo señala el camino que se ha de recorrer, sino que libra al hombre del mal y le da la fuerza necesaria para hacer el bien y alcanzar la meta. Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; pero cuidado de que esta libertad no se convierta en pretexto para la carne¹³. Antes y después de la Redención, esté unido o no

(7) León XIII, enc. *Libertas praestantissimum*, 20-VI-1888;

(8) *Eccli.* XV, 11-15; cfr. *Matth.* XIX, 17; *Iacob.* I, 13-18;

(9) *Galat.* IV, 31;

(10) *Colos.* I, 13-14;

(11) *Rom.* VIII, 2;

(12) cfr. *Rom.* VII, 7-25; III, 20; I *Tim.* I, 8; *Galat.* III, 10-14;

(13) *Colos.* V, 13;

a la vida de Cristo, el hombre es libre y responsable de sus acciones.

Tan esenciales son a la conducta humana la libertad y la responsabilidad de las propias decisiones, que la sola correspondencia o concordancia con la ley no es suficiente para revestir a las acciones humanas de toda su plenitud moral. Se necesita, como condición absoluta, que éstas sean libres, fruto de un proceso que, comenzando con el reconocimiento del valor moral del fin y de los medios propuestos, se resuelve con la decisión práctica de buscar ese fin o de aplicar esos medios, asumiendo en ese mismo instante la responsabilidad de todas las consecuencias que se deriven de la propia elección.

Cuanto más libre y deliberada es una acción, mayor es la responsabilidad de quien la realiza u omite. Sin embargo, este criterio no puede aplicarse prescindiendo del sujeto de esa libertad responsable, y sobre todo de sus hábitos virtuosos —o viciosos—, que son la fuente de su conducta moral. La virtud no sólo fortalece la libertad, afirmando a la voluntad en el bien; además, en la medida en que ha sido adquirida con esfuerzo —con libertad—, cooperando con la gracia, hace al hombre más responsable de sus acciones. Por eso, una persona virtuosa, aunque pueden existir particulares periodos de prueba, en los que Dios exige cada vez más a las almas, suele realizar con mayor facilidad obras buenas —por ejemplo, actos de piedad, de servicio a los demás, etc.— y, sin embargo, al mismo tiempo las lleva a término con mayor responsabilidad.

LA RESPONSABILIDAD, CONDICIÓN PARA LA LIBERTAD

*La libertad personal es esencial en la vida cristiana. Pero no olvidéis, hijos míos, que hablo siempre de una libertad responsable*¹⁴. Si la libertad es indispensable para la exigencia de responsabilidades, es evidente que cuando falta una actitud responsable tampoco puede reclamarse la libertad. Más aún, así como el ejercicio responsable de la libertad personal es ya algo en sí mismo laudable y bueno, tomar decisiones excluyendo toda responsabilidad personal es un pecado. *En el uso de todas las libertades*, dice el Concilio Vaticano II, *hay que observar el principio moral de la responsabilidad personal y social*¹⁵.

Dentro del ámbito de la responsabilidad suele distinguirse un

(14) *Homilia*, 8-X-1967;

(15) Concilio Vaticano II, decl. *Dignitatis humanae*, n. 7;

doble aspecto. Una persona es responsable de sus actos en el sentido de que le son imputables: sus decisiones, sus acciones y las consecuencias que se derivan, buscadas o no, dependen de ella de un modo personal, exclusivo e intransferible. Pero esa persona también es responsable porque tiene que dar cuenta del uso que ha hecho de su libertad: en primer lugar y eminentemente a Dios, que, como al siervo de la parábola, a todos pedirá cuentas de su administración¹⁶; y secundariamente a los demás hombres, en mayor o menor grado, dependiendo de los vínculos de justicia y de caridad que le unen a ellos. Por ejemplo, la realidad del Cuerpo Místico de Cristo y de la Comunión de los Santos crea una particular responsabilidad entre los fieles, para orientar el ejercicio de su libertad hacia un mayor crecimiento en la vida cristiana.

El hombre es moralmente imputable de sus acciones gracias a la conciencia moral. Esta, al ser *la facultad espiritual que en los casos particulares señala a la voluntad misma —para que ésta escoja y determine— los actos que son conformes a la Voluntad divina*¹⁷, permite que las acciones humanas sean plenamente morales, es decir, que se adhieran o no a la ley de Dios, con libertad. Los teólogos, siguiendo una antigua y común tradición terminológica, denominan *moralidad formal* a esta relación entre las acciones libres y la ley; mientras que reservan el nombre de *moralidad material* a las acciones no libres o fruto de la ignorancia, en una persona que no es capaz o no está obligada a poseer el correspondiente conocimiento moral¹⁸. Sólo en el primer caso los actos son *moralmente* imputables, y, por tanto, merecedores ante Dios de un premio o de un castigo.

Poder conocer la ley divina y aceptarla libremente coloca a la persona humana en una situación de privilegio dentro del mundo: es la única criatura corpórea que puede tributar a Dios una gloria formal, consciente y libre. No sólo refleja en sí misma las perfecciones divinas, incluso de un modo más alto que los demás seres materiales, sino que puede reconocer y alabar a Dios porque *es hacedor de cielos y de tierra, del mar y de cuanto en ellos hay, que guarda fidelidad eternamente*¹⁹.

Nadie puede privar a cada hombre, asistido por la gracia, del legítimo orgullo de ser él mismo amado de Dios, y de la posibilidad

(16) cfr. *Luc.* XVI, 2, 19-31; *Matth.* XXV, 31-46;
(17) Pío XII, *alloc.* 23-III-1952;

(18) cfr. Santo Tomás, *Quaest. Quodlibet*, VIII, q. 6, a. 15;
(19) *Ps.* CXLV, 6;

de corresponder a su amor. *La verdadera libertad es signo eminente de la imagen divina en el hombre. Dios ha querido dejar al hombre en manos de su propia decisión, para que así busque espontáneamente a su Creador y, adhiriéndose libremente a El, alcance la plena y bienaventurada perfección*²⁰.

RESPONSABILIDAD, MÉRITO Y CULPA

Una consecuencia inmediata de la doctrina católica sobre la responsabilidad moral es la realidad del mérito o de la culpa. *El que no puede hacer uso de su legítima libertad, no tiene derecho a la remuneración por sus acciones buenas, ni puede recibir el castigo por sus acciones malas o por sus omisiones*²¹.

Efectivamente, no tendría sentido que Dios dictara su Ley al hombre, y le hiciera libre y responsable de su cumplimiento bajo el impulso de la gracia, si esa decisión humana no comportara unas consecuencias ante Dios, la conquista o la pérdida de su amistad: *quien no está conmigo está contra Mí, y el que conmigo no recoge, desperdicia*²². Con la parábola de las minas, el Señor nos indica que cada siervo recibe un premio proporcionado al fruto obtenido con su esfuerzo²³, pues *quien escasamente siembra, escasamente recogerá; más el que sembrare a manos llenas, a manos llenas recogerá*²⁴.

Toda obra libre y moralmente buena merece una recompensa²⁵; sin embargo, para que sea meritoria también sobrenaturalmente, el hombre necesita realizarla en estado de gracia o amistad con Dios²⁶, recibir el impulso de la gracia actual²⁷, y hacer esa obra por un motivo sobrenatural²⁸. Por sí mismo, sin la ayuda de Dios, no es posible que la criatura realice un acto de valor sobrenatural. En cambio, mediante esas obras buenas que son fruto del auxilio divino y de la libre cooperación humana, el cristiano adquiere derecho a crecer en gracia, esto es,

(20) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 17;

(21) Carta *Res omnes*, 9-1-1932, n. 52;

(22) *Luc.* XI, 23; cfr. *Marc.* IX, 40; *Matth.* VI, 24;

(23) cfr. *Luc.* XIX, 11-25;

(24) *II Cor.* IX, 6;

(25) cfr. *Matth.* V, 12; XIX, 29; XXV, 34-35; *Luc.* VI, 38; *Rom.* II, 6; *I Cor.* III, 8; *Ephes.* VI, 8; *Colos.* III, 24; *Hebr.* X, 35; XI, 6;

(26) cfr. *I Cor.* XIII, 1-3; Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 16 y can. 26

y 32, D. 809, 836 y 842 (1545, 1576 y 1582); San Pío V, bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, nn. 13-15, D. 1013-1015 (1913-1915)

(27) cfr. *I Cor.* XII, 3; *Philip.* II, 13; Concilio II de Orange, año 529, can. 9, 20, D. 182 y 193 (379 y 390); Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 1-3, 5, 16; can. 1-3, D. 793-795, 797, 809, 811-813 (1521-1523, 1525, 1545, 1551-1553);

(28) cfr. *Matth.* X, 42; XIX, 29; *Marc.* IX, 40; *Luc.* IX, 48; *I Cor.* X, 31; *Colos.* III, 17;

en vida interior, y a recibir en cada momento los necesarios auxilios divinos. Y si persevera en esas obras hasta el último momento, respondiendo a la constante ayuda de Dios, el Señor le otorgará la gracia de la salvación eterna y el aumento de gloria en el cielo²⁹.

Aplicando esta doctrina a la posibilidad que tiene el hombre de satisfacer por medio de acciones meritorias a la Justicia divina ofendida por los pecados, el Catecismo del Concilio de Trento enseña: *dos cosas principalmente se requieren en la satisfacción: la primera, que el que satisface sea justo y amigo de Dios, porque las obras hechas sin fe y sin caridad, de ningún modo pueden ser de su divino agrado. La segunda, que se trate de obras que por su misma naturaleza causen molestia y dolor, porque siendo compensaciones de las culpas pasadas y, como las llama San Cipriano, redentoras de los pecados*³⁰, *es de todo punto necesario que tengan alguna aspereza. Aunque no siempre se sigue que los que ejercitan esas acciones penosas padezcan sentimiento y dolor; porque muchas veces la costumbre de sufrir o bien una caridad ardentísima hacia Dios hace que las cosas duras de llevarse ni se sientan siquiera. Mas no por eso se sigue que esas obras sean menos eficaces para satisfacer; porque es propio de los hijos de Dios inflamarse en su amor y piedad, de manera que siendo atormentados con trabajos amarguísimos, o no sienten molestias, o lo sufren todo con la mayor alegría*³¹.

La posibilidad del mérito sobrenatural pone de manifiesto la infinita misericordia de Dios y la absoluta dependencia del hombre respecto de su Creador y Redentor. Afirma la Iglesia que *se debe recompensa por las buenas obras si éstas se realizan; pero para que se realicen, ha de preceder la gracia, y la gracia no se debe a nadie*³². Con otras palabras, la gracia es premisa necesaria y fundamento imprescindible de las obras buenas sobrenaturales por las que el cristiano merece la vida eterna: *es tanta la bondad de Dios con los hombres, que ha querido que sea meritorio lo que es don divino*³³. De ahí que pensar con frecuencia en el premio que nos aguarda en el Cielo no es malo ni egoísta, sino un acto de amor de Dios y de agradecimiento. *Haz-*

(29) cfr. II Cor IX, 6; Apoc. XXII, 12; Iacob. I, 12; Concilio de Florencia; bula *Laetentur coeli*, D. 693 (1304) Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 10 y 16, can. 24 y 32, D. 803, 809-810, 834 y 842 (1535, 1545-1546, 1574 y 1582);

(30) San Cipriano, *Epist.* 35;

(31) *Catecismo de San Pío V*, II, 5, n. 73;

(32) Concilio II de Orange, año 529, can. 18, D. 191 (388);

(33) Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 16, D. 810 (1548); cfr. *Indiculus*, cap. 9, D. 141 (248);

lo todo con desinterés, por puro Amor —nos recomienda el Padre—, como si no hubiera premio ni castigo. —Pero fomenta en tu corazón la gloriosa esperanza del cielo³⁴. Pensar en el premio que nos reserva Dios si somos fieles, es ejercicio de fe, manifestación de esperanza, prueba de verdadero amor. *Esperar en el Cielo es parte de la virtud de la esperanza, que es virtud teologal, y que no podemos adquirir nosotros con nuestro esfuerzo: nos la da Dios. La esperanza presupone la fe, y da derecho al amor. Fe, esperanza, caridad: las tres virtudes teologales en acto.*

Del mismo modo que las acciones morales buenas merecen premio, las acciones malas, los pecados, generan un estado de culpa merecedor, a su vez, de una pena de gravedad diferente según la malicia de la falta. Los pecados mortales, además de despojar al pecador de la amistad con Dios, de la gracia santificante y de todos los méritos³⁵, hacen merecer la pena eterna, es decir, el infierno³⁶. Las faltas veniales, en cambio, no destruyen la amistad con Dios y, según la enseñanza de muchos teólogos, principalmente de Santo Tomás³⁷, ni siquiera disminuyen directamente la caridad ni la gracia santificante; sin embargo dificultan el ejercicio de las virtudes teologales, oponen resistencia a la acción de la gracia actual, y hacen acreedor al que las comete de una pena temporal que ha de satisfacerse en esta vida o, después de la muerte, en el purgatorio³⁸.

En cualquier caso es necesario arrepentirse de las ofensas hechas al Señor, sean graves o leves, para alcanzar el perdón. *El remordimiento, el espíritu de contrición, aunque ponga amargura en el alma, es un gran don de Dios, para que el pecador se convierta y acuda a la fuente siempre abierta de la misericordia divina* (cfr. II Cor. VII, 8-13; Luc. XV, 11-32; VII, 36-50; XXIV, 40-43, etc.). Por

(34) Camino, n. 668;

(35) cfr. Ezech. XVIII, 24; Concilio de Constanza, Errores de Juan Huss, n. 2, D. 628 (1202); Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 15 y can. 27, D. 808 y 837 (1544 y 1577); decr. *De sacramentis in genere*, can. 15 de bapt., D. 862 (1619); decr. *De poenitentia*, cap. 1 y 5, D. 894 y 899 (1668 y 1679); Alejandro VIII, Decreto del Santo Oficio, 24-VIII-1690, n. 2, D. 1290 (2291); Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950, D. 2318 (3891);

(36) cfr. Matth. XXV, 41 y 45; Marc. IX, 42; Apoc. XIV, 11; XX, 22; Inocencio III, ep. *Maiores Ecclesiae causas*, año 1201, D.

410 (780); Concilio II de Lyon, *Profesión de fe de Miguel Paleólogo*, D. 464 (854); Benedicto XII, const. *Benedictus Deus*, 29-I-1336, D. 531 (1002); Concilio de Florencia, bula *Laetentur coeli*, D. 693 (1304); Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, can. 24-25, D. 834-835 (1574-1575); decr. *De poenitentia*, can. 5, D. 915 (1705);

(37) cfr. S. Th. II-II, q. 24, a. 10;

(38) cfr. Concilio II de Lyon, *Profesión de fe de Miguel Paleólogo*, D. 410 (780); Concilio de Florencia, bula *Laetentur coeli*, D. 693 (1304); Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, can. 30, D. 840 (1580); decr. *De Purgatorio*, D. 983 (1820);

otra parte, no basta evitar los pecados mortales para cumplir la voluntad de Dios, y llegar a la santidad. Es preciso querer evitar también los veniales, y esforzarse por hacer positivamente lo que Dios quiere de nosotros ³⁹.

La orientación del hombre hacia el bien sólo se logra con el uso de la libertad ⁴⁰, y la criatura humana, cuando busca a Dios observando sus obligaciones morales, movida e inducida por convicción interna personal y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa ⁴¹, se hace responsable de sus acciones y, con la gracia de Dios y más particularmente por la gracia y méritos de Cristo, llega a merecer los grandes bienes que tiene preparados para los que le aman ⁴².

Esta es la causa de que tengan tanto valor y dignidad las acciones santas y virtuosas de los hombres buenos. Porque Cristo Señor nuestro continuamente está difundiendo su gracia en aquellos que están unidos a El por la caridad, como Cabeza a sus miembros y como vid en sus sarmientos. Esta gracia siempre antecede, acompaña y sigue a nuestras obras, y sin ella de ninguna manera podemos merecer ni satisfacer a Dios. De aquí resulta que nada parece faltar a los justos, pues con las obras que hacen por la virtud de Dios pueden cumplir la ley divina, dentro de la débil condición humana, y merecer la vida eterna, que conseguirán si salieren de esta vida adornados con la gracia de Dios. Porque sabida es aquella voz del Salvador: quien bebiere del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed; porque el agua que yo le daré se hará en él una fuente de agua viva que salte hasta la vida eterna ⁴³⁻⁴⁴.

(39) Carta Fortes in fide, 19-III-1967, n. 87;

(40) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 17;

(41) *Ibid.*

(42) I Cor. II, 9;

(43) *Ioann.* IV, 14;

(44) *Catecismo de San Pio V*, II, 5, n. 72;